

hacia que los encargados de la religion, abusando del alto respeto y veneracion que el pueblo les consagraba, penetraban en las casas de todas las personas, sin solicitar permiso de ellas; se apoderaban de lo que juzgaban conveniente, disponian de los objetos de mas estimacion y valía, y cometian otros excesos indignos del decoro y la decencia que les correspondia guardar.

La amonestacion del recto Toltecatl, indignó á los amonestados; y valiéndose de la influencia que ejercian en todas las clases de la sociedad, excitaron los ánimos de muchos contra el jefe de la república, acusándole de irreligioso y tirano. A pesar del respeto hácia los sacerdotes de las falsas divinidades, algunos se declararon en favor de las disposiciones dictadas por Toltecatl, formándose bien en breve dos partidos, y surgiendo de los distintos pareceres, una funesta guerra civil, que amenazaba aniquilar la república. Toltecatl, sensible á las desgracias de la patria, y queriendo evitar que continuase el derramamiento de sangre, abandonó el poder y, acompañado de algunos nobles, dejó su país, marchando á Tlalmanalco, atravesando los montes que entre ambos puntos se interponian.

Noble y laudable fué la abnegacion del patriota Toltecatl, renunciando á la elevada posicion de gobernante para evitar á la patria los horrores de la guerra civil; pero esa abnegacion le fué altamente costosa. La provincia de Tlalmanalco era tributaria de la corona de Méjico; y el gobernador de ella, no olvidando la derrota sufrida por los mejicanos en Atlixco, envió un recado al monarca Ahuitzotl, avisándole que se hallaba allí el osado Toltecatl, acompañado de algunos grandes de la república. El rey de Méjico

ordenó inmediatamente la muerte de todos, considerándoles como rebeldes; y cumplida la sentencia, envió sus cadáveres á Huexotzingo, amenazando con el mismo fin á los que no querian continuar siendo feudatarios de la monarquía mejicana.

1498. Mientras los huexotzingos, alarmados con Proyecto de un acueducto. el sangriento aviso, se disponian á confederarse con otras provincias subyugadas tambien por los mejicanos, para combatir cuando fuesen invadidos, el monarca Ahuitzotl, que habia observado que la navegacion por el lago se habia hecho mas dificil, juzgó que la dificultad provenia de la falta de agua, y proyectó aumentar su volumen con la del abundante manantial de Huitzilopochco, que servia á los habitantes de Coyohuacan para fecundizar sus tierras. Concebido el pensamiento, Ahuitzotl, queriendo ponerlo en práctica, llamó á Tzotzomatzin, señor de Coyohuacan, y le comunicó su idea. Juzgando Tzotzomatzin, que la primera obligacion de los leales servidores era manifestar, con respeto, la verdad á los soberanos, se detuvo á probar al rey que el agua del manantial de Huitzilopochco no era perpétua; pero que algunas veces salia con mucha abundancia, y que al aumentar con ella el volumen del lago, podria causar la anegacion de Méjico.

El rey Ahuitzotl, manda matar á un sincero consejero. Las justas observaciones de Tzotzomatzin parecieron al orgulloso rey, pretextos de particular interés del gobernador, por su provincia. Poco dispuesto á escuchar objeciones á sus ideas, Ahuitzotl se manifestó disgustado de las que le hizo Tzotzomatzin, le despidió con marcado enojo, y poco despues ordenó que se le diese muerte.

¡Así pagó el rey Ahuitzotl la lealtad y el buen consejo de su buen vasallo!

Si Tzotzomatzin hubiera halagado el pensamiento del monarca, habría alcanzado honores y premios, mientras que con decir lo conveniente á la felicidad de los pueblos, alcanzó la muerte. Por eso en los palacios suena muy rara vez la severa verdad en los oídos del que gobierna.

Manifestado á otros consejeros el proyecto desaprobado por Tzotzomatzin, fué acogido con frenético aplauso, teniendo presente el trágico fin. Recibido como excelente el pensamiento del monarca, mandó hacer un ancho acueducto desde Coyohuacan á Méjico, para conducir por él con abundancia el agua. La ceremonia se celebró con gran solemnidad y con profusion de ritos supersticiosos.

Ceremonias con que fué conducida el agua á Méjico. El sumo sacerdote, vestido con el traje que representaban á Chalchihuitlicue, diosa del agua, marchaba en medio de las dignidades religiosas que componían el núcleo del sacerdocio idólatra: muchos ministros de los principales templos, suelta en desorden la lengua cabellera, incensaban con aromáticas esencias el líquido elemento; varios sacrificaban tiernas codornices, con cuya sangre untaban algunos las márgenes del acueducto; otros elevaban himnos de gratitud á los dioses; no pocos tañían inarmónicos instrumentos; y todos solemnizaban á la vez, con las demostraciones de un entusiasmo sin límites, la conducción del agua por el acueducto construido por orden del monarca Ahuitzotl. Pronto, sin embargo, se cambiaron los regocijos en aflicción y sobresalto. Las lluvias, siempre abundantes en el valle de Méjico en la estación de las aguas,

fuieron terribles y poderosas en ese año. Los aguaceros se sucedieron sin interrupción unos á los otros, y elevándose Nueva Inundación de Méjico. las aguas de las lagunas á una altura extraordinaria, la ciudad se vió inundada por ellas; muchos de sus edificios vinieron á tierra, se ahogaron no pocas personas, y las calles quedaron convertidas en otros tantos lagos, por donde solo era dable transitar en canoas. El mismo rey Ahuitzotl estuvo en peligro de ser víctima de aquel desbordamiento de las aguas. Encontrándose en uno de esos días en una habitación baja de su palacio, entró de repente el agua con impetuosidad y abundancia, amenazando llenar la pieza. El monarca, sorprendido, trató de salir á toda prisa, y al hacerlo, se olvidó de que la pieza era baja, y agachando muy poco la cabeza, recibió en ella un golpe bastante fuerte, de que estuvo por algun tiempo malo.

Viendo los sufrimientos del pueblo, y temeroso de que la inundación siguiera haciendo mayores estragos, llamó en su ayuda á Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, como Moctezuma I había llamado en la suya al monarca Nezahualcoyotl. Nezahualpilli, siguiendo las huellas de su difunto padre, ocupó millares de vasallos en reparar el dique hecho por consejo del último, y Méjico volvió al contento y á la vida que anima la sociedad, después de pasado el peligro.

1499. Hambre en Méjico. La grande abundancia de aguas produjo, además de los males causados por la inundación de la ciudad, la destrucción de las sementeras y la pérdida del maíz, principal alimento de la población. El hambre volvió á dejarse sentir como en 1452, gober-

nando Moctezuma I; pero los estragos fueron mucho menores, aunque no dejaron de ser sensibles. Por fortuna, el mal terminó ordenando el rey á las provincias feudatarias que proveyesen del maíz necesario á los habitantes de Méjico, y la gente pobre no se vió en la dura necesidad de marchar á otras ciudades á venderse por esclava, como entonces, para poder adquirir el sustento indispensable á la vida.

Descubrimiento de una cantera de *tetzontli*. En los momentos mismos en que la escasez de víveres disminuía con justo regocijo de los mejicanos, se descubrió en el valle de Méjico una cantera de *tetzontli* (amigdaloides poroso) que fué, para la construcción de edificios, un acontecimiento de notoria importancia. El monarca Ahuitzotl fué el primero que mandó emplear aquella piedra rojiza, que reúne las condiciones de solidez y de ligereza, en la fabricación de los templos; y la nobleza y los grandes, á imitación del soberano, la emplearon para levantar nuevos palacios y sólidas y espaciosas casas. Ahuitzotl, contento de aquel descubrimiento, y anhelando que la ciudad aumentase en belleza y esplendor, hizo que todos los edificios arruinados por la inundación fuesen reedificados con *tetzontli*, y haciendo que se les diese más elegante forma, la capital de la monarquía presentó muy pronto un aspecto sorprendente de hermosura.

Nuevas conquistas de Ahuitzotl. A sacarle de sus pacíficas empresas de construcción, llegó el ruido de las armas que se dejó escuchar en varios puntos del Anáhuac. Muchas de las provincias sometidas por la fuerza á la corona de Méjico, agobiadas por los exorbitantes tributos que paga-

ban y queriendo sacudir el yugo á que estaban sujetas, se levantaron con el objeto de recobrar su pérdida independencia. Miraban á Méjico como la orgullosa sultana de cuya ambición se juzgaban víctimas, y cuya grandeza se veían condenados á sostener con el fruto de un constante y duro trabajo. Mirábanla como á la usurpadora de un país á donde había sido la última en llegar, y exaltadas de indignación contra sus actos de dominio, estaban siempre dispuestas á sublevarse para recobrar la libertad. Frecuentes eran las rebeliones de los pueblos sometidos, y frecuentes los castigos severos que por ellas recibían al ser reducidos á la obediencia. Pero nada bastaba á matar su espíritu de independencia. En el momento que se creían con bastante fuerza para luchar, volvían á levantarse, y volvían á ser sometidos y castigados. Esta constante lucha de las provincias tributarias contra sus dominadores, tenía en continuo movimiento á las tropas mejicanas que, para reducir á la obediencia á las diversas poblaciones que se sublevaban, sufrían grandes pérdidas de gente.

Entonces los mejicanos eran los conquistadores de todos los pueblos que los españoles incluyeron en el vasto territorio que denominaron Nueva-España; pero que antes del descubrimiento de la América, formaron diversos reinos de distintas denominaciones.

El rey Ahuitzotl reunió un numeroso ejército, y ocupó los últimos años de su reinado en llevar la guerra á las provincias de Izquichitlan, Amatlan, Tlacuilollan, Xaltepec, Tehuactepac y Huexotla.

La primera de estas campañas le fué encomendada al general Tliltotoll, que llevó sus armas victoriosas, ha-

ciendo nuevas conquistas, hasta las lejanas regiones de Guatemala y Nicaragua, extendiendo el dominio azteca por donde quiera que su ejército dirigia la planta. Por todos los ángulos del Anáhuac se referian las notables hazañas llevadas á cabo por el general mejicano que, despues de dejar fuertes guarniciones en los puntos conquistados, volvió á Méjico cargado de ricos despojos, y llevando un número considerable de prisioneros destinados para el sacrificio.

Cuarenta y cinco ciudades y considerable número de provincias sujetó el rey Ahuitzotl á la corona de Méjico, durante su próspero reinado.

1502. Poco despues de los gloriosos triunfos al-
Muerte del rey
Ahuitzotl. canzados por las armas mejicanas, imponiendo la ley á las diversas naciones que se proponian agregar á la corona de sus emperadores, cayó enfermo el monarca Ahuitzotl, de resultas del terrible golpe recibido en la cabeza en los dias de la inundacion de la ciudad, y murió en 1502, á los veinte años de un reinado de continuas guerras, es verdad; pero en que la monarquía mejicana llegó á hacerse dueña de todas las posesiones que los mejicanos tenian á la llegada de los españoles.

Tuvo el monarca Ahuitzotl algunas virtudes que le distinguian, entre las cuales se contaba la de favorecer á los necesitados cuando recibia los tributos de las provincias feudatarias en que, como hemos dicho, congregaba á la plebe para repartir víveres y ropa entre los más pobres. Sin embargo, esas bellas cualidades se hallaban oscurecidas por grandes defectos que la afeaban. Era soberbio, vengativo, cruel; recibia mal un consejo cuando contrariaba

su capricho; se aburría en la paz, y buscaba la guerra como una necesidad, para satisfacer su decidida pasión por los combates: tenia en continuo jaque y sobresalto á las naciones próximas, y los pueblos sometidos se veian continuamente acosados por sus providencias tiránicas. Esta inquietud y esta amenaza continua en que tenia á todos, hizo que su nombre quedase para designar á cualquiera persona que molesta á otra con sus vejaciones, y no la deja vivir tranquila. *Fulano es mi Ahuitzote, á nadie le falta su Ahuitzote*, es la frase que en Méjico suele usar el individuo acosado, al hablar del molesto pertinaz que le acosa.

Despues de su pasión por la guerra, las dos mayores que le dominaban eran la de la música y la del amor. Todos los reyes mejicanos anteriores á él, habian tenido muchas mujeres, juzgando que el brillo de autoridad y de grandeza estaba en relacion directa con el número de hermosas destinadas á los placeres secretos. Ahuitzotl, que habia extendido considerablemente los límites de sus dominios, engrandeciendo el poder de la corona, creyó que debia superar á sus antecesores en el número de compañeras; y queriendo satisfacer su vanidad y sus deseos, excedió á todos en el guarismo de sus mujeres, con quienes sucesivamente se fué casando.

Las exequias del rey Ahuitzotl fueron celebradas con toda magnificencia; y los electores, despues de terminadas, se reunieron para la eleccion del monarca que le debia suceder en el trono.